



A la memoria de José Miguel de Barandiarán (31-12-1889 / 21-12-1991)

Estando en prensa este volumen ha fallecido don José Miguel de Barandiarán en Ataun (Guipúzcoa), su villa natal, el 21 de diciembre de 1991.

En sus casi 102 años de edad nos ha dejado, como hombre, el recuerdo de una existencia vivida en circunstancias no fáciles que afrontó con talante comprensivo y bondadoso y, en su obra, una aportación científica extensa y riquísima de contenido.

Conviene recordar aquí algunos aspectos de su aportación intelectual, en homenaje a cuanto aportó a la investigación de la Arqueología de Navarra y por lo que supuso en la formación de bastantes de los que ahora se dedican entre nosotros al estudio de esos mismos temas y que le consideran, con razón, su maestro.

Rasgos muy pronunciados de la personalidad de J. M. de Barandiarán -la sobriedad de sus juicios, su curiosidad insaciable, su tesón en el trabajo- caracterizan lógicamente su densísima aportación intelectual.

El interés por reconocer las señas de identidad de lo vasco polarizó cerca de setenta y cinco años de producción científica, investigando en sus raíces más antiguas (la Prehistoria) y en el saber popular (las opiniones, los mitos y las tradiciones

que estudia la Etnografía). Y se plasmó en sus actividades docentes y de divulgación y en el caudal asombroso de millares de referencias recogidas en excavaciones arqueológicas o en encuestas orales. En este sentido su contribución al conocimiento del pasado del pueblo vasco, sea en la ingente masa de "documentación" recuperada tanto como en las interpretaciones que suscita, es justamente aceptada como imprescindible y magistral.

Cuanto han analizado el desarrollo de los estudios de Prehistoria en esta parte del Sudoeste europeo reconocen que la intervención de J. M. de Barandiarán es quien los hizo pasar de un estadio inicial en que se disponía de conocimientos poco articulados sobre datos muy aislados a la etapa de madurez y desarrollo actual de esas investigaciones. Su obra científica se constituye así en punto de referencia insoslayable para cualquier investigación de fondo sobre el pasado del hombre vasco.

En su actuación arqueológica destaca su incansable labor de campo, en la prospección y excavaciones de multitud de yacimientos.

Primero, en equipo con T. de Aranzadi y E. de Eguen a partir de 1917 y hasta el inicio de la

guerra civil española, destacando sobre todo las excavaciones de importantes cuevas ocupadas en el Paleolítico Superior de Vizcaya y Guipúzcoa y el descubrimiento y estudio de numerosas estaciones dolménicas de Guipúzcoa, Navarra y Alava.

Luego solo, en los años 1937 a 1953 de su exilio, especialmente dedicado a la prospección de sitios de la Prehistoria avanzada de Zuberoa, Laburdi y Ultrapuertos.

Posteriormente, y sobre todo en la década de los 60, en las excavaciones de diversos yacimientos prehistóricos de Guipúzcoa, Alava y Vizcaya que él dirige, acogiendo en su equipo a varios de los que pronto nos haríamos cargo de continuar esas investigaciones, constituyendo otros tantos grupos de trabajo independientes de los que han ido surgiendo nuevas “generaciones” de discípulos que continúan la línea de aquellos trabajos sistemáticos y que reconocen en J. M. de Barandiarán a quien los promovió, en su metodología e inquietudes, en el primer cuarto de siglo.

Una nutrida lista de publicaciones científicas sobre Prehistoria reúnen lo aportado en esa dilatada actuación de arqueólogo: unas son memorias de excavación y noticias de prospecciones, otras diversas interpretaciones culturales. Junto a sus escritos sobre Etnografía —la otra impresionante aportación científica de Barandiarán— ocupan veinte muy gruesos volúmenes de su obra completa.

José Miguel de Barandiarán siempre ha estado obsesionado por la necesidad de comunicar el resultado de sus investigaciones, transmitiendo sus inquietudes y métodos de trabajo. Es así como ha ejercido sobre muchos un sólido magisterio científico, en el que ha importado más que la comunicación a otros de conocimientos puntuales la formación en ellos de hábitos intelectuales de constancia en el método y de rigor en el juicio.

Quienes hemos trabajado junto a él e intentado aprender en sus textos, admiramos y envidiamos su obsesión por marcar los límites entre los datos que, con desigual fortuna, podamos recuperar en una empresa arqueológica y las informaciones que de ellos se puedan extraer. Dicho de otro modo, por separar la primera etapa de cualquier investigación seria (la recuperación cuidada y la descripción objetiva de las evidencias) de la posterior, más arriesgada y polémica, de formulación de unas interpretaciones o hipótesis,

sobre cuyo grado de certidumbre debemos cuestionarnos continuamente. Como él mismo advertía hace no mucho al presentar una recopilación de su obra escrita, “nuestro juicio, aunque se apoye en datos seguros, comporta un aspecto de diagnóstico para el que se requiere mucha experiencia. Esos datos son signos que remiten a una subjetividad diferente de la del observador y exigen una interpretación. En este nivel, muchas veces nos damos cuenta de que fluctuamos en la onda que se propaga por la superficie, pero que es el fondo quien guarda el secreto”.

Podemos seleccionar, de su apretada biografía, algunos hitos más significativos de esa actitud “pedagógica” a lo largo de su vida. Fruto de ella es la vigorosa escuela de investigación que desde hace un par de decenios ha asumido la continuidad de su obra, potenciando, al multiplicarse los equipos de trabajo, sus resultados.

Ya en 1917, recién ingresado en el claustro docente del Seminario de Vitoria y en los inicios mismos de su dedicación a la Prehistoria, ofreció un minucioso estado de la cuestión de lo sabido en el momento (es su “Resumen de la Prehistoria del País Vasco. Discurso leído en la solemne apertura del Curso Académico de 1917-1918 en el Seminario Conciliar de Vitoria” que se publica en el Boletín Oficial del Obispado de la Diócesis) con el balance de los conocimientos dispersos que entonces se poseían y con una adecuada declaración de objetivos a cumplir en un trabajo metódico de identificación de los datos relevantes.

En los veinte años de su estancia como profesor del Seminario de Vitoria desarrollará una tenaz labor de divulgación de sus investigaciones: sea en ciclos de enseñanza, en visitas dirigidas a los yacimientos y colecciones, en coloquios y conferencias, en publicaciones de iniciación o formalizando equipos de investigación con sus colaboradores.

En 1921 va a organizar y dirigir dos actuaciones concretas de especialísima significación futura para la coordinación e impulso de las investigaciones en sus dos campos preferentes de interés, la Prehistoria y la Etnografía. Una es la creación, como sección de la Sociedad de Estudios Vascos, del Seminario de Prehistoria “Ikuska” que, en palabras de quien fue su fundador y presidente en los estatutos fundacionales, se propone “aunar los esfuerzos de los investigadores, por una parte, y en el plano social

fomentar esos estudios entre la juventud estudiosa y aleccionar al pueblo en el conocimiento y respeto de los restos arqueológicos”. Otra, la aparición del primer número del “Anuario de Eusko-Folklore” de trayectoria ejemplar mantenida hasta ahora, elemento documental de primerísimo orden y absolutamente imprescindible para quien quiera estudiar el pasado tradicional del pueblo vasco.

Por aquellos mismos años de estancia en Vitoria prepara un par de excelentes manuales de iniciación a estos estudios, en los que destacan la seguridad de las ideas expuestas y el profundo conocimiento especializado que revelan sus páginas junto al gran valor didáctico y muy expresivo de sus ejemplos y referencias. En 1931 incluye en las páginas del “Anuario de Eusko-Folklore” un denso y enjundioso texto de iniciación (“Breve Historia del Hombre Primitivo”) referido a las dos vertientes, prehistórica y tradicional, de la Antropología Cultural; lo dedica “a los jóvenes colaboradores del Laboratorio de Etnología y de Eusko-Folklore... que han manifestado reiteradamente deseos de conocer los resultados y los métodos de investigación y de interpretación usuales en la Arqueología prehistórica y en la Etnología”. Y publica al año siguiente un buen manual de geología descriptiva, con el título de “Apuntes de Geología General y de la del País Vasco”.

Alcanzado un suficiente nivel de información, empezará pronto a escribir, junto a las cuidadas y puntuales memorias monográficas sobre los yacimientos que va excavando, diversas aportaciones sintéticas en que los catálogos de datos reunidos (¡durante cerca de sesenta años de trabajo de campo!) vienen acompañados de las interpretaciones de su significado cultural a lo largo de la Prehistoria.

Se suceden en su bibliografía los textos de revisión y síntesis que todos los interesados por estos temas hemos debido consultar. De 1934 data su primera síntesis de envergadura, “El Hombre Primitivo en el País Vasco”, que se publica por la editorial Itxaropena de Zarauz en versión castellana y euskera (“Euskalerriko leen gizona”). En 1946 incluye en el primer volumen de la revista “Ikuska” que él mismo acababa de fundar en Sara un sistemático “Catalogue des Stations Préhistoriques des Pyrénées Basques”, que actualiza el inventario de yacimientos de estas provincias. Otros tantos esclarecedores estados de la cuestión se publican como libros: en 1953 “El Hombre Prehistórico en el País Vasco”

por la editorial Ekin de Buenos Aires y en 1972 “Lehen euskal gizona” editado por Lur en San Sebastián.

En 1962 se constituyó en Lequeitio, por inspiración y bajo su presidencia, el “Instituto de Investigaciones Arqueológicas Aranzadi” (origen del luego denominado “Arkeoikuska”), agrupando a quienes por entonces nos empezábamos a dedicar a la investigación de campo y laboratorio sobre la Prehistoria del País Vasco. Formados todos por J. M. de Barandiarán en la metodología de las excavaciones y en los criterios de interpretación de las evidencias halladas, las reuniones anuales de ese Instituto supusieron durante casi dos decenios el elemento aglutinador de los nuevos interesados por tales investigaciones, intercambiando opiniones sobre los trabajos en curso en las diversas provincias y planificando líneas y programas de investigación conjunta. Con lo que se aseguró la continuidad e incremento de esos estudios conforme la avanzada edad de J. M. de Barandiarán fue obligándole a reducir la intensidad de sus intervenciones arqueológicas de campo.

La Universidad de Navarra creó en 1963 una Cátedra de Lengua y Cultura Vascas, cuya dirección fue ofrecida a J. M. de Barandiarán. Aquí ejerció durante quince cursos académicos completos un magisterio puntual y sistematizado sobre los grandes temas de la Etnografía vasca abierto a los alumnos de diversas Facultades y al público en general. Se produjo entonces precisamente la continuidad de esta parte de su gran obra científica, constituyéndose los grupos “Etniker” que, inmediatamente coordinados por él hasta poco antes de su muerte, ahora mismo llevan adelante el estudio de la cultura tradicional del país.

A partir de 1977, año en que se “re-funda” en segunda etapa de su historia, la Sociedad de Estudios Vascos (que había encauzado buen número de las iniciativas culturales pertinentes entre 1918 y 1936 y fue prácticamente anulada en los años de una prolongada postguerra) acoge con vigor los temas de investigación que Barandiarán durante tanto tiempo cultivó, preocupándose por su promoción y por la continuidad de su obra. La Sociedad, que en 1977 eligió a don José Miguel como su Presidente, promoverá en 1979 las bien dotadas “Becas de Investigación José Miguel de Barandiarán”, que financian a partes iguales las Diputaciones Forales de Alava, Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra para subvencionar bianualmente trabajos en equipo de Ar-

queología y de Etnología, y creará en 1989 la "Fundación José Miguel de Barandiarán" que ha de velar porque su obra sea conocida y continuada.

En la historia concreta de las investigaciones arqueológicas de Navarra la aportación de don José Miguel ha sido, igualmente, muy significativa, protagonizando la etapa de consolidación que media entre la inicial de los pioneros en estos estudios y la actual de maduro desarrollo.

Los primeros datos seguros sobre el pasado prehistórico de Navarra se empezaron a reunir en los dos últimos decenios del siglo pasado y el inicial del presente, mediante la recuperación de algunas piezas y la ejecución de prospecciones y trabajos de excavación. Destaca en ese tiempo el interés de la Comisión provincial de Monumentos por la recopilación de colecciones arqueológicas, que se irán depositando en la Cámara de Comptos de Pamplona (donde, en junio de 1910, se constituye formalmente el "Museo Artístico-Arqueológico de Navarra"), tanto como el estudio de algunos dólmenes de Aralar. Y se inicia el conjunto de labores de campo en 1894 cuando F. de Huarte descubre los primeros monumentos que integran esa estación megalítica y se continúa inmediatamente, en 1894-1895, al ampliar J. de Iturrealde y Suit su catálogo y explorar algunos de ellos ofreciendo una amplia síntesis impresa sobre su significado (que se publicaría, póstumamente, en 1911) y al excavar otros megalitos por F. de Ansoleaga y T. de Aranzadi, en 1913, 1915 y 1916, con el patrocinio de la Comisión de Monumentos.

Tras esa fase de iniciación de los estudios sobre la Prehistoria de Navarra se va a producir una etapa de consolidación de los trabajos, que ocupa la segunda y tercera décadas del siglo.

Se caracteriza esta fase de consolidación de las investigaciones por la intensificación del conocimiento del fenómeno dolménico y, a la vez, por la sensible ampliación del catálogo de yacimientos a diversas zonas del territorio. Y también por el indiscutible protagonismo de la dedicación por entonces de J. M. de Barandiarán que, solo o en equipo con T. de Aranzadi y E. de Eguren, incorpora las prospecciones en suelo navarro al programa intenso que estaba desarrollando en estaciones megalíticas de zonas próximas de Guipúzcoa y Alava y al estudio más general de las culturas que en el tiempo prehistórico se asentaron en estas tierras del Pirineo occidental y de la alta cuenca del Ebro.

El equipo formado por Aranzadi, Barandiarán y Eguren supone en la ciencia peninsular de aquel tiempo una garantía de honestidad y de seriedad científicas: pues, como justamente se ha afirmado, "eran hombres competentes y experimentados, bien provistos de conocimientos de Prehistoria, Antropología y Ciencias Naturales, que estuvieron constantemente en contacto con especialistas diversos nacionales y extranjeros y con gentes de laboratorio".

En el inicio mismo de sus prospecciones arqueológicas, en 1916 y 1917, J. M. de Barandiarán descubrirá varios dólmenes en suelo navarro, en las estaciones megalíticas limítrofes con Guipúzcoa: es el caso de los de Trikuarri, Obioneta N. y Obioneta S. en la estación de Aralar, de los de Balenkaleku N. y Balenkaleku S. en la de Alzania, y de los de Portuzargaña W., Portuzargaña E., Beotegiko Murkoa, Argonitz, Olano E., Olano W., Bentazar y Miruatzza en la de Ataun-Borunda.

En una etapa inmediata va a intervenir J. M. de Barandiarán, integrado en equipo con T. de Aranzadi y E. de Eguren, en las campañas de excavación de monumentos de esas mismas estaciones y de otros de diversas zonas de Navarra. Los tres llevan a cabo la excavación en 1919 de la estación megalítica de Ataun-Borunda (trabajándose entonces en los tres dólmenes navarros de Portuzargaña W., Portuzargaña E. y Beotegiko Murkoa), en 1920 de la de Alzania (se excavan los de Balenkaleku N. y Balenkaleku S.) y en 1921 de la de Urbasa (donde se trabaja en los dólmenes, que el propio don José Miguel había descubierto ese año, de Zurgaina, La Cañada, Armorkora Aundia, Armorkora Txikia, Artekosaro y Puerto Viejo de Baquedano).

Poco después excavarán T. de Aranzadi y J. M. de Barandiarán en 1923 seis dólmenes más del Aralar navarro (los de Trikuarri, Garraztita, Maantza, Zeontza, Obioneta N. y Obioneta S.), en 1925/1926 los ocho monumentos integrados en la estación megalítica de Auritz que ellos mismos habían descubierto (son los dólmenes de Mendiandi, Urritzmuno, Baratzeko Erreka, Erletegi, Arzilo, Urdantzarreta, Otegi, Bago-multxu, Dondoro y Arriurdin), en 1926 el de Urepel Ibañeta (de la estación de Lindus Munoa) y en 1927 varios de la estación de Gorriti-Huici (dólmenes de Goldanburu, Sokillete y Mugarriberri, que había descubierto J. M. de Barandiarán). En 1932 Aranzadi y Barandiarán descubrirán el yacimiento, con cata de comprobación

estratigráfica, de la cueva de Abautz en la Ulzama.

J. M. de Barandiarán multiplica en esas dos décadas sus intervenciones personales de descubrimiento y prospección de yacimientos prehistóricos por diversos lugares de Navarra, tanto de la zona central como de la pirenaica. En 1920 descubre las estaciones megalíticas de Aritz-Ireber (con los dólmenes de Atxitxia, Esita, Biaizpen Sepulture, Azarilar, Agorritz y Biuztain), de Lerate (con sus tres dólmenes y un cromlech) y de Alkurruntz (con los dólmenes de Alkurruntz u Otondo), en 1922 comprueba con cata estratigráfica la existencia del yacimiento de la cueva de Atabo en Alsasua, en 1923 descubre las estaciones dolménicas de Abodi (con los dólmenes de Landabixkarra, Gaztanbide, Bortubizkar, Arrizabala e Idorrokia) y varios conjuntos de cromlech (como los seis de Olegi en Ezkurra, los siete de Jentilbaratza y el de Unamuno en Arano o los ocho de Errekalko en Arano/Goizueta), en 1932 identifica el dolmen de Angaitz en la estación de Juslapeña, en 1934 descubre los dólmenes de la estación de Ardaiz (son los de Ezkiregi, Ardaiz I y Ardaiz II) y estudia una singular pieza pulimentada perforada encontrada en Erro, en 1935 identificará mediante sondeos de prospección los yacimientos prehistóricos de las cuevas de Sorgiñen Leze y Akelarren Leze en Zugarramurdi y de Alkerdi en Urdax y comprobará la existencia de la nueva estación dolménica de Saioa Loiketa (con los tres dólmenes de Loiketa y el de Lans).

Durante su exilio la actividad investigadora de J. M. de Barandiarán, subvencionada por el CNRS francés, se va a centrar en el estudio de las tradiciones populares de la vertiente septentrional del Pirineo vasco. Además, diversas prospecciones de campo ampliarán el listado de yacimientos arqueológicos reconocidos en la zona limítrofe del Norte de Navarra y, desde luego, en Baja Navarra, la antigua merindad de Ultrapuertos. En término de Zugarramurdi, identifica en 1941 los yacimientos prehistóricos de las cuevas de Bidartia y Lexotoa, en 1948 y 1949 señala la existencia de varios dólmenes (el de Elorta en Errazu, el de Argibel en Irurita, los de Xantxoten-arria y Pilotasoro en Sorogain de Val de Erro, y los de Etxeberri, Ibañeta y Soroaundi en la estación de Atxuri en Zugarramurdi) y de varios conjuntos de cromlech o (así el de Goizamendi o los diez de Ibañeta, en la zona de Urdax-Zugarramurdi). En 1953 recogerá importantes conjuntos de materiales en las escombreras de los yacimientos destruidos por cantera de

Coscobilo (en Olazagutía) y Atabo (Alsasua) y en 1957 descubrirá un nuevo dolmen en la zona de Lesaca.

Por otro lado, el inventario de yacimientos prehistóricos de Baja Navarra experimenta, merced a sus prospecciones de esos años de exilio, un incremento decisivo: a él se deben el descubrimiento de los grupos de monumentos megalíticos de Behorsaeta (cuatro túmulos), Iholdy (dos dólmenes) y Jarra (dos dólmenes) en 1937, de Artzamendi (tres dólmenes) en 1938/1943, Labiarin (tres dólmenes), Zamukegi (tres dólmenes) y del campo tumular de Traikarlepo en 1948, de Ibardin (cuatro dólmenes) y de sendos dólmenes en Garralda, Sarastegi e Irati entre 1948 y 1953, y de numerosos grupos de cromlechs de la Prehistoria tardía (una docena en Artzamendi, siete en Elorta, tres en Zaho, dos en Argibel, dos en Irati, etc.). En 1956/57 dirige la excavación del yacimiento de la cueva de Haristoi, con niveles del Musteriense y del Neolítico.

Con la fundación en 1940 de la Institución Príncipe de Viana va a asumir la Diputación Foral de Navarra el patrocinio de las investigaciones arqueológicas en el Viejo Reino, iniciándose su etapa de madurez y alcanzando su grado actual de desarrollo: se multiplican las prospecciones y estudios y se llevan a cabo excavaciones sistemáticas de los yacimientos más importantes, varios de los cuales, precisamente, habían sido descubiertos hace años por J. M. de Barandiarán.

En el último medio siglo transcurrido hasta ahora, a través de la Institución o en colaboración inmediata con ella, se han ido estructurando los elementos públicos funcionales decisivos para promover un conocimiento sistemático de la Prehistoria navarra: entre sus hitos destacan la presencia en 1940 de su órgano oficial de expresión en la revista "Príncipe de Viana", la constitución de un Servicio de Excavaciones en 1942, la inauguración en 1956 del Museo de Navarra con su instalación básica actual, la creación en 1974 de la Comisión de Excavaciones y Arqueología, la aparición en 1979 de la revista monográfica "Trabajos de Arqueología Navarra" o la constitución en 1985 de una Comisión Técnica de Arqueología dentro del Consejo Navarro de Cultura.

Es de justicia, pues, que desde estas páginas y en el buen momento presente de estos estudios rindamos un homenaje público de cordial reconocimiento hacia quien tan decisivamente, y en circunstancias menos favorables que las actuales, ha contribuido a la comprensión del pasado más remoto de Navarra en su contexto.

José Miguel de Barandiarán ha vivido como un hombre íntegro y preocupado siempre por los otros y por el saber.

Los que le hemos conocido y tratado con asiduidad le recordaremos como modelo de una vida intensamente dedicada al conocimiento, paciente en el trato y tolerante con todos. Además, cuantos nos dedicamos a la Arqueología o a la Etnografía le debemos un impresionante caudal de datos imprescindibles para comprender la si-

tuación cultural de quienes en el pasado tradicional inmediato o prehistórico fueron nuestros antepasados.

Descanse en paz este hombre bueno y sabio: un maestro en el sentido cabal de la palabra.

IGNACIO BARANDIARÁN
Comisión Técnica de Arqueología
Consejo Navarro de Cultura